

La derecha le acusó de imprevisor; en la izquierda, los dos prefectos Odilón Barrot y Bandé, en su entusiasmo radical y demasiado engreídos de su fuerza, pusieron frente al ministro del Interior, Montalivet, y Guizot, fundándose en estas disensiones, declaró la imposibilidad de que continuaran las cosas en aquel equilibrio inestable. «Creo firmemente, dijo, que no vamos bien orientados; que el orden y la libertad está en peligro y no en progreso, que nos hallamos fuera de la vía del gobierno libre y nacional... Si se continúa por este camino, si se exige popularidad al gobierno, no habrá gobierno; el orden perderá su fuerza; la libertad, su porvenir; los hombres, su prestigio, sin que hayamos adelantado un punto. De mí sé decir, que no creo posible permanecer en esta posición». A todo esto, el patriota, el liberal Laffitte, había llegado por sus pasos contados á desesperada situación personal. Banquero honrado y muy entendido, en él habían depositado su confianza personas de todos los partidos, y al verle encargarse de las tareas del mando, los unos por animadversión política, los otros por entender que había de faltarle el tiempo necesario para sus negocios, le retiraron los fondos, lo que le obligó á retrasar las devoluciones, apareciéndosele la quiebra como inminente, aun contando, como contaba, con un activo doble que el pasivo. Sus enemigos implacables llegaron á ridiculizarle con el mote de *Lafayette*, «quiebra», y no faltaron quienes creyeron que á ella le precipitó el mismo Monarca, por no haberle abonado los muchos gastos que antes de Junio hiciera subvencionando diarios, dando sueldos á periodistas y pagando agentes, y además, por haber inscrito en el registro la escritura de venta de unos bosques que Laffitte le otorgara en secreto, con lo que perjudicó, notablemente el crédito del banquero. Este, sin embargo, salvó su honra y su crédito mercantil, pero dejando no poca lana entre las zarzas.

Bajo su ministerio se votaron tres leyes importantes: la electoral, la municipal y la de la guardia nacional. Por la primera, aprobada el nueve de Marzo de mil ochocientos treinta y uno por la Cámara y el quince de Abril por los Pares, se suprimió el doble voto y se bajó el censo, para los elegibles, de mil francos á quinientos; para los electores, de trescientos á doscientos. El gobierno propuso que se confiriese el derecho de elegir y ser elegido á los consejeros generales, diputados provinciales, alcaldes, notarios, licenciados en cualquier facultad, académicos y profesores de las escuelas superiores del Estado; la Cámara, menos liberal que el gobierno, sólo accedió á rebajar para estas clases el censo á cien francos. Con esta reforma, el número de electores subió de noventa y cuatro mil á ciento ochenta mil, los cuales, «representando el *pais legal*, habrían de gobernar á treinta millones de franceses». No reconociéndose la legalidad á los intelectuales, el Estado se asentó sobre el dinero, sobre la plutocracia, que gobernó á Francia durante diez y ocho años.—La nueva ley municipal, votada el diez y siete de Eebrero, confirmó el derecho de nombrar y ser nombrado consejero municipal á los electores de diputados y á las capacidades. El gobierno designaría el alcalde de entre los consejeros, cuyo cargo duraría seis

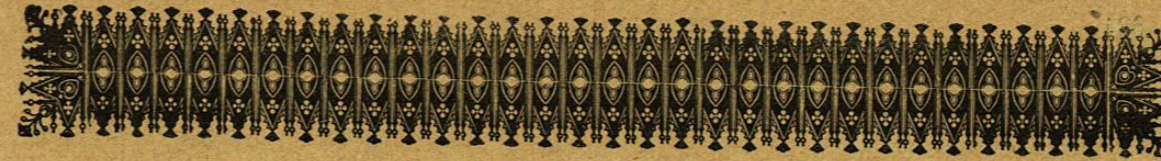
años. Esta ley, sin embargo, señala un notable progreso respecto del sistema napoleónico de nombrar á las municipalidades el poder central.—El cinco de Marzo se aprobó la ley reorganizando la guardia nacional, en cuya virtud se compondría esta de los contribuyentes en situación de costearse el equipo; nombraría á los oficiales, excepto los superiores, que designaría el Rey de una lista de diez candidatos que ella le propondría; gozaría en París de la preeminencia de guardia real, y compartiría el servicio con la tropa de línea. Descartado de su seno el elemento popular por la obligación de costearse el uniforme, la guardia se compuso únicamente de industriales, comerciantes y empleados, siendo burguesa en vez de nacional.

Los movimientos revolucionarios ocurridos en varios Estados europeos, como eco de las jornadas de Julio, pusieron de nuevo sobre el tapete en todas las cancillerías la cuestión de la intervención, tal como se acordara en los tratados de mil ochocientos quince y se había practicado en España é Italia. Luis Felipe entendía, dado lo complejo del caso y su deseo de no perder la amistad de las grandes potencias, que no convenía soltar prendas ni en pro ni en contra. No pensaba del mismo modo el partido liberal, ni tampoco Laffitte, que hubo de decir en la Cámara de diputados: «Francia no permitirá se viole el principio de no intervención y se esforzará en impedir se comprometa la paz.... Seguiremos negociando, y negociando nos armaremos.... Marcharemos con la cabeza erguida, apoyados en nuestro derecho y en la fuerza de nuestros principios. Si las tempestades estallan á la vista de nuestra bandera tricolor y se convierten en auxiliares nuestros, la responsabilidad no recaerá sobre nosotros».

El rasgo de independencia que significaban estas palabras, contrarias á las ideas de Luis Felipe, fué el último de Laffitte. A ellas respondió Metternich con esta nota: «Tiempo es de que Francia sepa, que no estamos dispuestos á reconocer el principio de no intervención en cuanto á Italia concierne, y que nuestras bayonetas irán á donde llegue la revolución. Si esta intervención hubiere de ocasionar la guerra, venga la guerra; antes sufriremos sus eventualidades que exponernos á perecer en medio de los motines». Recibió esta nota Sebastiani, y de acuerdo con el Rey, no se la comunicó á Laffitte, quien, al conocerla por los periódicos que la publicaron cinco días después, se quejó al monarca y á sus compañeros de gabinete, y como no le satisficiesen sus explicaciones, presentó la dimisión, precisamente en los momentos que, por haber dicho imprudentemente en la Cámara popular que la disolución no tardaría en ser un hecho, los diputados, heridos en su dignidad, comenzaban á coligarse para darle la batalla. Volver á un ministerio de coalición era imposible, y como Thiers, que se había labrado gran prestigio en la subsecretaría de Hacienda, no consiguiese cumplir el encargo que algunos de sus compañeros le dieran de concordar un ministerio liberal, el trece de Marzo de mil ochocientos treinta y uno entregó Laffitte el poder á Casimiro Perier, quien, quedándose con la Presidencia y el minis-

terio del Interior, confió el de Hacienda al barón Louis; el de Justicia, á Barthe; el de Instrucción Pública, á Montalivet; el de Comercio y Obras Públicas, á Argout; el de Marina, al vicealmirante Rigny; el de Guerra, á Sout, y el de Negocios Extranjeros, á Sebastiani.

Los conservadores saludaron con júbilo al nuevo ministerio, y la opinión neutra no le recibió mal: había terminado el período de las iniciativas y empezaba el de la resistencia. Del rápido paso por el poder de los avanzados, tuvieron no poca culpa las masas populares, demasiado fáciles al alboroto y al montón. Las manifestaciones tumultuosas sin cesar repetidas, la falta de trabajo y de pan, los motines con motivo de los sucesos de Polonia, en los que se apedreó la embajada de Rusia, la paralización de los negocios, el descenso del crédito público, la debilidad del gobierno, en fin, «que no se sabe dónde está», decía Carrel: tales fueron las causas de la subida de los conservadores y del comienzo de la reacción.



## CAPÍTULO VIGÉSIMO-CUARTO

Expansión de la revolución de Julio.

La monarquía de Julio, para ganarse el respeto de las grandes potencias europeas, necesitaba huir de cuanto pudiera significar propósito de propaganda revolucionaria, y en este respecto, los gobiernos de Luis Felipe procedieron con exquisita corrección. Mas dada la situación moral de los pueblos, ansiosos de redimirse de la servidumbre á que los tenían sometidos los monarcas aliados, no había poder humano capaz de evitar la propagación de aquel movimiento, que repercutió en todas las naciones con intensidad proporcionada al grado de opresión, determinando en unas reformas saludables, derribando en otras el régimen antiguo y preparando en todas, para porvenir no lejano, el advenimiento de la democracia. Reseñemos los efectos de esta ola revolucionaria en cada uno de los Estados, empezando por Bélgica.

Con motivo de celebrarse el quincuagésimo noveno aniversario del natalicio de su monarca Guillermo I, apareció en las esquinas de Bruselas un cartel diciendo. «Lunes, veintitrés de Agosto, fuegos artificiales; Martes, veinticuatro, iluminación; Miércoles, veinticinco revolución». El gobierno para evitar la realización de este programa, si sintió los fuegos, suprimió la iluminación. No adelantó nada. En la noche del veinticinco, á la salida del teatro, formáronse compactos grupos, enardecidos por la música de «La Muda de Portici» que acababan de oír, cuyo argumento—la insurrección del napolitano Masaniello contra los españoles—era apropiado para entusiasmar á los patriotas. Los